

EL MIEDO Y EL ODIO

LA campaña ha saltado a las calles con un brío de militantes, con algunas agresiones menores de la extrema derecha y con una continuación de los mítines electorales. Se cubren los últimos tramos, la recta final, del camino hacia las elecciones. A medida que el tiempo pasa, el riesgo parece menor: pero los rumores no cesan. El presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, ha tomado la medida más audaz de su vida política con el extrañamiento de algunos presos políticos sobre los que pasaba la imputación del delito de sangre. "Una vez más, el Gobierno ha cedido ante la presión, el alboroto y la amenaza", escribe Torcuato Luca de Tena ("ABC", 25 de mayo), que es algo más que un portavoz de la gran derecha: es uno de sus guías y se ha ido convirtiendo en una figura política de Alianza Popular a medida que la tosquedad y el error continuo de Fraga le han hecho perder el epicentro de ese movimiento, y los trémolos arcaicos de Arias son contraproducentes, y los otros "grandes" se repiten a sí mismos. La argumentación del señor Luca de Tena merece ser repetida aquí porque es un muestrario de una mentalidad muy

abundante en los círculos de poder. "Los atracos a mano armada a entidades bancarias y Cajas de Ahorros; los robos en las joyerías, los incendios, por venganza, de grandes almacenes y centros de entretenimiento, las violaciones de niñas que no alcanzaban los diez años, los robos callejeros, los atentados contra la vida y la libertad de las personas, los secuestros y toda la siniestra gama de la delincuencia han crecido desde entonces". Entonces: la segunda amnistía concedida tras el cambio en la jefatura del Gobierno. Hasta los sucesos de la llamada delincuencia sexual, cuyas causas patológicas y sociales se conocen perfectamente, van a parar a la carga que se le echa encima a Suárez. Todo va a parar al tercer acto de esta serie, cometido por Suárez por razones dudosas que luego se exponen: "Y ante esto, cabe preguntarse: ¿de quién ha partido la decisión? ¿Del presidente del Gobierno, don Adolfo Suárez? ¿O del candidato a Unión de Centro Democrático, don Adolfo Suárez?". Queda flotante la idea de la maniobra electoral, del gran riesgo en que se pone la convivencia social, la ley y el orden para ganar votos, más

que para reconciliar al país: la impunidad. Porque "han quedado impunes", dice el polemista político, los asesinos de Carrero Blanco, el autor material de la muerte de Melitón Manzanos, los condenados a muerte en el proceso de Burgos. Han quedado impunes el atentado de la calle del Correo, en que murieron tantas personas inocentes; el secuestro y asesinato de Berazadi; el ametrallamiento a las puertas mismas de su domicilio, "después de haber asesinado a sangre fría a los policías que lo acompañaban, de aquel gran hombre de bien llamado Araluce Millar, y tantos y tantos otros de los que hago gracia al lector".

NO se trata ahora de desmontar esta serie de argumentaciones, y la relación realmente inconexa entre el primer inventario de delitos y el segundo. Se trata de constatar que sectores muy poderosos de la nación comparten estos mismos criterios y esta misma indignación. Si alguno de los expatriados de ahora reapareciese en el País Vasco y le pudiera ser imputado un nuevo delito de sangre, con pruebas o sin ellas, la posición del señor Suárez



Flanqueados por Arias Navarro y López Bravo, Fraga Iribarne presenta a la candidatura de Alianza Popular por Madrid.



Salts

sería insostenible. Y, con ella, la situación de esta apenas naciente esperanza de democracia española. Yo no creo que las medidas que ha tomado y que está tomando sean las de un candidato que quiere conquistar votos con esta espectacularidad, sino las de un presidente del Gobierno que busca la manera de conseguir, antes de las elecciones, un clima determinado de apaciguamiento. Hay que temer que no lo va a conseguir, y que los intentos de lo que se llama "desestabilización" van a ser muy fuertes y muy espectaculares en los días que quedan hasta la fecha electoral. Y después. Los partidos de la izquierda y del centro realmente democrático, las centrales sindicales, están haciendo verdaderos esfuerzos para conseguir que el orden no se perturbe: aun a costa de desnaturalizar sus programas y sus reivindicaciones, aún sabiendo que pierden clientela electoral. Pero la estabilidad no depende sólo de ellos.

EL riesgo no va a ceder después de las elecciones. Según todos los pronósticos, va a triunfar el presidente Suárez con su conglomerado que denomina centro. Esto es, el eurofranquismo. Pero no se puede dejar de ver

que, precisamente, todos los ataques, todas las provocaciones, todos los actos políticos abiertos de la gran derecha, y los clandestinos de quienes sea, van dirigidos a este eurofranquismo y a este grupo de don Adolfo Suárez. Todo el anticomunismo de estos días no puede estar montado solamente contra un partido que según los cálculos que más le favorecen, los de sus propios especialistas, no va a sacar más de doce a quince diputados, sin muchas posibilidades de alianza, ni a su izquierda —porque los pequeños grupos no van a estar representados— ni a lo que teóricamente se puede llamar su derecha, el partido socialista, porque éste va por unas líneas europeas occidentales que aunque sean menos rudas que las de Willy Brandt, están muy lejos de ser las de Mitterrand: tampoco se supone que vayan a ser las de Mario Soares, porque ya se ha visto que el soarismo no conduce a nada. El anticomunismo es, en realidad, un movimiento anti-Suárez. Que queden flotando en torno a su persona actos que van desde los asesinatos de Paracuellos del Jarama hasta las violaciones de niñas de menos de diez años sería enteramente ridículo, si no fuese porque, de verdad, percute en muchas conciencias. Y, muchas

veces, en conciencias más acostumbradas a actuar directamente que a reflexionar sobre los temas que les indignan y les hieren.

EL "movimiento" del señor Suárez no está concebido para este resultado de hostilizar a la gran derecha: por el contrario, está hecho para atraerla y convencerla. Es su gran ocasión. Trocar el poder de largos años de dictadura por el poder nuevo de una democracia admitida en el mundo y con una serie de posibilidades por explotar es uno de los mejores negocios que se pueden ofrecer a nuestra oligarquía. Que la izquierda del país se pliegue a ese negocio como mal menor es realmente un regalo. A cualquier mentalidad lógica se le tiene que escapar que la gran derecha quiere perderse ese gran negocio por unos reflejos de seguridad que, por otra parte, no han sabido asegurar estos derechistas cuando estaban en el Gobierno. El atentado contra el señor Carrero Blanco se produjo cuando Franco vivía y cuando era ministro de la Gobernación el señor Arias Navarro, y los sucesos de Vitoria y Montejurra se produjeron siendo ministro de la Gobernación el señor Fraga Iribarne y presidente del Gobierno el señor Arias Navarro. Ya se lo reprocha de alguna manera la derecha de más allá, el señor Sánchez Covisa, puesto en libertad provisional bajo fianza, cuando alega que los grandes males de España pueden imputarse al señor Fraga Iribarne, por su liberalismo. Siempre se está a la izquierda de alguien, siempre se es el liberal de alguien. Ya no hay nadie seguro.

SIEMPRE en lógica pura, el riesgo de cambiar ese negocio que se ofrece, con la posibilidad además de entrar en el Congreso desde una derecha más conservadora que ofrezca una alternativa de gobierno —y una posibilidad de Gobiernos turnantes entre los liberales y los conservadores, entre el Centro y la Alianza, está en el futuro, a poco que se amarre la democracia y su Constitución, que van a hacer ellos— por una aventura que echara a perder el eurofranquismo, no merecería la pena. Ni tiene posibilidades de apoyo exterior ni de conexión con nadie.

PERO en ningún caso hay que suponer que estas acciones políticas se hagan con lógica. Actúan más las pasiones, actúa más el miedo. Levantar el fantasma del miedo es cosa grave en un país. Es un fantasma que se convierte en una realidad, la del odio. Una cincuentena larga de muertos han pagado ya su tributo a estos fantasmas. Si recordamos los cambios de régimen de Portugal y de Grecia, y hacemos una estadística de incidencias, veremos que no tenemos mucho de qué estar orgullosos. ■